

Saberes e poderes no Mundo Antigo

Estudos ibero-latino-americanos

Volume II - Dos poderes

Fábio Cerqueira, Ana Teresa Gonçalves,
Edalaura Medeiros & Delfim Leão
(Orgs.)

IMPrensa DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA
COIMBRA UNIVERSITY PRESS

UNIVERSIDADE FEDERAL DE PELOTAS
FEDERAL UNIVERSITY OF PELOTAS

UNIVERSIDADE FEDERAL DE GOIÁS
FEDERAL UNIVERSITY OF GOIÁS

VOCES CRÍTICAS SOBRE LA POLÍTICA IMPERIALISTA ROMANA: EL CASO DE CAYO SALUSTIO CRISPO.

Marta Sagristani*

Universidad Nacional de Córdoba - Argentina

Introducción

Según una de las versiones míticas sobre la fundación de Roma, la violencia y el asesinato marcaron la historia de la ciudad desde sus orígenes. Numitor, rey de Alba Longa fue destronado por su hermano Amulio, quien lo desterró y procedió a matar a todos sus hijos varones. Sólo dejó viva a Rea Silvia, su única hija, obligándola a dedicarse al culto de Vesta, para asegurarse su virginidad. Un día en que la joven se encontraba durmiendo a la orilla de un río, el dios Marte se enamoró de ella y la poseyó. Producto de esta unión, la joven tuvo dos gemelos, a los que llamó Rómulo y Remo. Temerosa de la ira de Amulio, colocó a sus hijos dentro de una cesta, en el río Tíber, para que no sufrieran el mismo camino que sus tíos. Los gemelos sobrevivieron amamantados por una loba, Luperca, y luego fueron recogidos por un pastor, Fáustulo. Ya adultos, los hermanos regresaron a Alba Longa, mataron a Amulio y repusieron en el trono a su abuelo Numitor, quien les donó unos territorios al noroeste del Lacio. Allí eligieron el lugar para erigir la nueva ciudad, que sería Roma, en una llanura rodeada por siete colinas a orillas del Tíber. Pero la disputa por el poder derivó en un nuevo asesinato. Tras delimitar el recinto de la ciudad con un arado, Rómulo juró matar a todo aquel que lo traspasara sin su permiso. Ambos hermanos discutieron por el nombre de la ciudad y, mediante un ardid, Rómulo se impuso a Remo. Éste, enojado, discutió con su hermano y borró el surco de los límites de la futura ciudad. Cumpliendo el juramento, Rómulo lo asesinó. Una vez concluido el acto de la fundación, Rómulo se vio obligado a traer colonos desde otras regiones para poblar la ciudad, y como éstos eran en su mayoría varones, les procuró esposas mediante el rapto de las sabinas. A partir de la guerra contra los sabinos, la pequeña ciudad continuó creciendo a costa de los pueblos vecinos: el primer conflicto entre Roma y Veyes tuvo lugar durante el reinado de Rómulo.

Otra versión mítica, la leyenda de Eneas y los troyanos, se remonta más allá de la época de Rómulo y Remo, pretendiendo dar cuenta de los contactos entre romanos y griegos. La leyenda narra la historia de Eneas, hijo del príncipe

* Profesora Adjunta Full Time, cátedra Historia Antigua General, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Córdoba (R. A.). Correo postal: Europa 248 – Barrio San Martín – CP 5008 – Córdoba – Argentina. Correo electrónico: marta.sagristani@gmail.com

Voces críticas sobre la política imperialista romana

Anquises y de la diosa Afrodita, casado con Creúsa, una de las hijas del rey de Troya. El personaje es uno de los grandes héroes del ejército de Troya y el único que sobrevive a la destrucción de la ciudad. Luego de abandonar su vieja patria, guiando a los pocos soldados y ciudadanos que han quedado en pie, llega al antiguo Lacio con la misión de fundar una nueva ciudad, la futura Roma. Pero la idílica paz de los comienzos se trunca rápidamente por el conflicto, ya que los troyanos, según Virgilio, se vieron poseídos por la pasión y la irracionalidad de la guerra exterior e interior (Verg. G. 4.8y ss; G. 4.73-74)¹. En un principio, la leyenda de Eneas fue utilizada para destacar la hostilidad entre griegos y romanos, aunque más tarde se transformó en una herramienta útil para reconciliarlos y convencer a los griegos de que debían aceptar la dominación romana como algo positivo (CORNELL, 1999, p.90-91).

Si bien hoy se está de acuerdo en que las versiones recogidas por la tradición literaria sobre los orígenes de Roma no pueden ser consideradas como un relato histórico, en el sentido preciso del término, no es menos cierto que estas leyendas fundacionales, teñidas de un fuerte contenido ideológico, nos permiten conocer la mentalidad de los romanos que las crearon y reprodujeron, y, en particular, la conciencia que tenían de sí mismos y cómo pretendían que los vieran los demás pueblos. En este sentido, es significativo que los romanos hayan elegido a Marte, el dios de la guerra, como padre de Rómulo, y que Eneas sea reconocido en la saga homérica, como el más valiente de los héroes troyanos (después de Héctor). Entonces, ¿deberíamos considerarlas antihistóricas o, como sostiene Cornell, “la alternativa sería suponer que, lejos de historizar los mitos, lo que hicieron los romanos fue imponer un marco mítico a una tradición histórica?” (CORNELL, 1999, p.105). Vistas desde esta perspectiva, las leyendas estarían reflejando una experiencia real, a saber, la decisión de un pueblo de construir una versión mítica de su historia, para explicar cómo y por qué Roma había llegado a convertirse en una potencia imperial, adueñándose de todo el mundo conocido. Proyectando hacia el pasado acontecimientos posteriores, estas versiones pseudo históricas buscarían justificar la dominación romana, signada por la violencia de los conflictos sociales internos y por las guerras que emprendió contra los pueblos extranjeros, persiguiendo el objetivo de constituirse en una entidad política panmediterránea².

Hacemos nuestras las palabras de Moses Finley, quien define a Roma como “un Estado conquistador implacable desde el principio del registro de su historia” (FINLEY, 1986, p.86). *Sin embargo*, en el presente artículo no vamos a trabajar sobre los objetivos y las motivaciones que llevaron al Estado romano a constituirse en una potencia imperialista. Nuestra intención es limitarnos a analizar un aspecto de tan extensa problemática, rescatando a aquellas voces que, perteneciendo a la nobleza romana, hicieron oír sus críticas a la manera en que el Estado romano

había encarando la conquista del mundo. Para ello, tomaremos los trabajos de Cayo Salustio Crispo, un pensador crítico de las prácticas políticas de la elite dirigente de su época.

Cayo Salustio Crispo provenía de una familia ecuestre de origen rural, pues era natural de Amiterno, pequeña ciudad de la Sabina, adonde había nacido en el año 87 a. C. Siendo muy joven partió a Roma para dedicarse a la política, una de sus grandes pasiones. Desde que se inició en esa actividad, fue opositor de la facción de los *optimates*, enemigo de Cicerón y partidario de las ideas de César, a quien apoyaba, como se desprende de la lectura de su monografía sobre la conjuración de Catilina, en la que se ocupa de despegarlo de cualquier responsabilidad en la conspiración³. A lo largo de su carrera, ejerció los cargos de cuestor, tribuno de la plebe y senador. En el año 50 a. C., tras estallar la guerra civil, fue expulsado del Senado y pasó a ocupar altos cargos en el ejército cesariano. Luego de tres años, con el triunfo de César, fue repuesto en su cargo de senador, y al año siguiente, gracias a su protector, fue designado como prócnsul en la provincia de África. A la muerte de César se apartó de la actividad política y se dedicó a su otra pasión, escribir obras históricas sobre su pasado reciente.

Salustio es considerado como el creador de la historia como género literario. En todas sus obras se encargó de narrar y analizar los acontecimientos de la vida política de los que fue testigo directo. Fue uno de los intérpretes de la crisis de la República, y se mostró siempre preocupado por reflexionar sobre las causas que llevaron a la caída del sistema de gobierno. En todos sus trabajos está presente la crítica sobre el accionar de la elite dirigente, a la que hace responsable del progresivo deterioro institucional y del abandono de las tradiciones de los antepasados. En su primera monografía, *De coniuratione Catilinae*, se ocupa de la sublevación encabezada por Catilina, durante el consulado de Cicerón, en el año 63 a. C. En ella advierte que la República romana se está descomponiendo, y hace responsable de este proceso casi exclusivamente a la corrupción moral, aunque no deja de mencionar la importancia que tienen los factores económico-sociales en el progresivo deterioro institucional. Muestra la decadencia generalizada de la sociedad romana, pero destaca en particular el comportamiento de la *nobilitas*, ganada por un desmedido afán de lucro y de poder. En *Bellum Iugurthinum* insiste en esta crítica, argumentando que una guerra que podría haber sido de rápida resolución para Roma, se prolongó en el tiempo gracias a la corrupción imperante entre los *nobiles*, que aceptaban los sobornos del rey númida. Cuestiona la voracidad de los miembros de la *nobilitas* que, preocupados por mantener su poder hegemónico y por acrecentar su riqueza, mediante la apropiación desmedida del *ager publicus*⁴, descuidaban la situación de pobreza e indigencia en la que estaba sumida la plebe⁵. Es de destacar que, tanto en esta obra como en

Voces críticas sobre la política imperialista romana

De coniuratione, el autor presenta la ruina y destrucción de Cartago como el punto de inflexión a partir del cual se inicia la decadencia de la República romana. Su obra más ambiciosa, *Historiae*, consta de cinco libros y abarca un breve período histórico (los años 78 a 67 a. C.) pero, lamentablemente, sólo se conservan cuatro discursos, dos cartas, y algunos fragmentos. En ella se ocupa de narrar los sucesos posteriores a la muerte de Sila, destacando las características nefastas de su ejercicio del poder. Salustio toma al dictador como el prototipo de las prácticas políticas de la elite dirigente, que derivaron en el cruento enfrentamiento entre las facciones nobiliarias, conflicto que incidió de manera decisiva en la crisis de las estructuras republicanas⁶.

A partir de que Roma comenzó su expansión por la península itálica, entró en contacto, sucesivamente, con una gran diversidad de pueblos, a los que fue sometiendo y anexando. La conquista de nuevos territorios se aceleró en el año 348 a.C., cuando los romanos vencieron a los latinos y campanios, posteriormente a los samnitas, sabinos y umbrios. A fines del siglo IV, también ellos terminaron con el dominio etrusco, y en el año 272 a.C. sometieron a los griegos que habitaban en el sur de Italia. Pero a partir del siglo II a.C., el Estado romano comenzó una guerra sistemática y permanente, con la finalidad de extender los límites de su dominación más allá del control de toda la península itálica y del Mediterráneo, avanzando hacia horizontes cada vez más lejanos⁷. Hacia mediados del siglo I a.C., Roma, como lo resaltaba con orgullo Cicerón, se había convertido en la *dueña de todo el mundo*⁸. Tras sucesivas conquistas, los romanos habían logrado conformar un gran imperio y, a la manera de una profecía auto cumplida, habían hecho realidad los deseos de Rómulo, de ver *mea Roma caput orbis terrarum sit* (Liv. 1.16). Los beneficios imperiales transformaron a Roma en una ciudad esplendorosa, donde los *nobiles* hacían ostentación de su riqueza. La economía de subsistencia se transformó en una economía de mercado, gracias al aumento de la productividad de la actividad agrícola, que comenzó a reemplazar al campesinado libre por mano de obra esclava, para el trabajo en los grandes latifundios. Los éxitos militares permitieron transferir a Roma la riqueza obtenida como botín de guerra, que se vio complementada con los impuestos que pagaban los pueblos vencidos, incorporados al imperio como provincias. No obstante, más allá de la euforia que embargaba a la mayoría de la elite dirigente romana, ya hacia tiempo que habían comenzado a manifestarse los efectos negativos de la expansión, que, con el tiempo, desembocarían en la caída del sistema republicano de gobierno.

A la hora de analizar las causas de la crisis de la República, la tradición literaria romana insiste, casi unánimemente, en que éstas se encontraban en las transformaciones que se habían operado en la elite dirigente romana durante el siglo II a.C., ganada por el nuevo ideal de dominación universal y,

consecuentemente, de los beneficios económicos devengados de la conquista de nuevos territorios. En opinión de Polibio, a partir de esta época la expansión romana abandonó su carácter disperso para responder a un plan ordenado y sistemático⁹, cuyo objetivo último era alcanzar el control de “todo el mar y de toda la tierra”¹⁰. La consecuencia última de la conquista del Mediterráneo, tras haber vencido a Cartago, fue el cambio de actitud que provocaron los sucesivos éxitos militares en la mentalidad de la elite dirigente, a saber, la toma de conciencia de que ya no quedaban enemigos a los que temer y respetar¹¹. Así mismo, los éxitos de las campañas militares emprendidas por Roma también influyeron en el cambio de mentalidad de los romanos, ya que, según Polibio, éstos se abandonaron a la ambición de poder, al lujo y a la comodidad, apartándose de las costumbres de los antepasados. Si bien esta explicación es excesivamente parcial y deja de lado otros factores, tanto o más importantes, que contribuyeron a la crisis de la República, lo cierto es que pone de manifiesto las transformaciones que se produjeron a lo largo del siglo II a.C., en el ámbito de la ideología y de las prácticas de la elite dirigente romana¹².

Los senadores y caballeros, motivados ahora por un fuerte interés en acaparar riquezas y disfrutar de un lujo equiparable al de las monarquías helenísticas con las que habían entrado en contacto, se mostraban entusiastas con la política de dominio universal promovida por Roma. Como resultado de ésta, grandes extensiones de tierra pasaron a manos de la *nobilitas*, a lo que hay que agregar las ingentes cantidades de oro y plata, de esclavos que venían a sustituir a la mano de obra libre, menos dispuesta a aceptar la superexplotación de los terratenientes, y, finalmente, los cargos en la administración de las provincias, que ofrecían a los gobernadores una interesante fuente de enriquecimiento. Porque, aunque en un principio, como sostiene William Harris, “las guerras romanas tuvieron su origen y apoyo en el ethos social, y especialmente en la ideología de la gloria y del prestigio” (HARRIS, 1989, p.2), lo cierto es que, cuando los beneficios de la conquista comenzaron a llegar a Roma, los *nobiles* dejaron de lado los valores éticos tradicionales -como la obtención de *laus* y *gloria* a través de campañas militares exitosas y del desempeño de altas magistraturas-, los que fueron reemplazados, progresivamente, por la satisfacción de intereses más concretos, de tipo económico, que les ofrecía la política imperialista¹³.

Pero no todos los ciudadanos romanos aprobaban la política imperialista impulsada por el Estado. Una de las voces que se alzaron contra la poderosa vocación de poder que había ganado a quienes decidían los destinos de Roma, fue la de Salustio. En uno de los fragmentos conservados de las *Historias*, se encuentra una carta dirigida a Arsases, rey de los partos, por Mitrídates, rey del

Voces críticas sobre la política imperialista romana

Ponto, en la que éste denuncia los abusos desmedidos de la opresión imperial romana:

¿Acaso ignoras que los romanos volvieron hacia aquí sus armas, después de que, avanzando hacia Occidente, el Océano les marcó el límite? ¿Que al principio nada tenían si no era robado: casa, cónyuges, campos, imperio? ¿Convienes conmigo en que fueron fundados, sin patria ni padres, como peste para el mundo entero, a quienes nada detiene, ni humano ni divino, a la hora de devastar y destruir a los amigos o aliados, tanto lejanos como próximos, pobres como ricos, y considerar enemigo todo lo que no sea esclavo, en especial los reinos? (Sal. *Hist.* 4.69.17)

El texto de la carta deja traslucir la posición política que sostiene el propio Salustio, quien está criticando, a través del personaje, la política militar que impulsaba el Senado. Como sostiene Santos Yaguas, el autor utiliza este recurso para explayarse con más libertad, al poner en boca de Mitridates, un enemigo declarado de Roma, sus opiniones sobre la desastrosa política exterior romana, sin quedar personalmente expuesto (SANTOS YAGUAS, 1998, p.236).

Salustio era consciente de que esta nueva actitud frente a la guerra gozaba de un gran consenso social y era aceptada por la mayoría de los romanos, no sólo por quienes eran los directos beneficiarios, los *nobiles*, sino también por la plebe urbana y rústica¹⁴. Sin embargo, no dejaba de expresar su opinión crítica, aún en soledad y sabiendo que, muy probablemente, su voz no sería escuchada, pero con la convicción de que, con su silencio, estaría avalando una realidad social y política que lo abrumaba:

Todo aquel que fuera muy rico y particularmente capaz de hacer daño, era considerado *bonus*, porque defendía el estado presente de cosas" (Sal. *Hist.* fr. 1.12)

Salustio cuestionaba fuertemente la relajación de la conducta de los miembros de las elites dirigentes, que habían dejado de lado los valores éticos de sus antepasados, como la virtud, el heroísmo y el honor¹⁵, para sustituirlos por la ambición de poder y el deseo desenfrenado de acumular riquezas:

Creció primeramente la pasión del dinero, luego la del poder; éstas fueron como pábulo de todas las maldades: la avaricia desterró la buena fe, la rectitud y las demás virtudes; en su lugar introdujo la insolencia, la crueldad, el olvido de los dioses y la venalidad en las cosas todas. (Sal. *Jug.* 10.3)

La nueva oportunidad que ofrecían las guerras de conquista para las elites dirigentes romanas, que les permitía obtener riquezas abundantes y rápidas, dependía del acceso a las más altas magistraturas, el consulado y la pretura, especialmente a la primera, que permitía la obtención de las mejores provincias o

de las campañas más lucrativas. En esos tiempos, el consulado se había transformado en una magistratura a la que accedía de manera exclusiva un pequeño grupo de familias nobles, que gracias a la política acrecentaban su riqueza patrimonial. La *nobilitas*, más que cualquier otro grupo de estatus, puede ser definida por sus relaciones con la política, ya que ésta era su actividad dominante. Sus relaciones con la tierra tenían también una finalidad política, pues su apropiación abusiva del *ager publicus* les permitía disponer de una clientela que les garantizaba su control hegemónico del poder. Al respecto del control monopólico de la *nobilitas* sobre los cargos de decisión política, Salustio denunciaba que:

...el consulado se lo pasaba la nobleza de mano en mano. No había hombre nuevo, por muy esclarecido que fuese, o por extraordinarias que fuesen sus hazañas, que no fuera tenido por indigno y como mancillado para aquel cargo (Sal. *Jug.* 63.7)

La expansión imperial había creado las condiciones para la emergencia de nuevos actores sociales, con intereses claramente diferenciados y, la mayor parte de las veces, enfrentados a los de la *nobilitas*. La irrupción en el escenario político de estos nuevos grupos de interés comenzó a atentar contra la estabilidad del sistema, garantizada hasta entonces por la *concordia ordinum*, y dio paso a luchas cada vez más violentas en el seno de la elite dirigente (NICOLET, 1977, *passim*). Una de las fracturas se produjo entre la *nobilitas* y los caballeros dedicados a los negocios y las finanzas, los *publicani* y *negotiatores* (GABBA, 1972, p.764-805). Como un ejemplo del conflicto de intereses desatado entre los órdenes superiores, Salustio, en su monografía *De Bellum Iugurthinum*, destacaba la conducta de Cayo Mario, quien, para alcanzar el consulado en el 107 a.C., no dudó en romper los lazos de clientela que lo unían a la familia de los Metelos y se enfrenta al Senado (Sal. *Jug.* 64.1-4). Para Salustio, Mario estaba expresando el comportamiento seguido por la elite ecuestre dedicada a los negocios, que no se decidía a romper del todo con sus orígenes, ya que conservaba siempre la posibilidad de retornar al *cursus honorum*, ya que, en realidad, era más lo que la unía que lo que la separaba de la *nobilitas* (Sal. *Jug.* 85.9). De todos modos, Salustio también cuestionaba el comportamiento de los miembros del orden ecuestre, por haber adoptado las mismas prácticas políticas de la *nobilitas*:

Hasta los *homines novi*, que antes solían aventajarse a la nobleza por su virtud, se esfuerzan ahora en llegar a los honores y los mandos con trampas y violencias, no ya por sus buenas cualidades: como si la pretura, el consulado todas las cosas de esta especie dieran por sí mismas gloria y grandeza, y no dependiera su valor del mérito de aquel que las desempeña (Sal. *Jug.* 5.7)

Voces críticas sobre la política imperialista romana

En las consideraciones preliminares de esta monografía, Salustio vuelve a insistir en que las causas de la decadencia y la devastación sufridas por Italia habían sido el resultado de la irracional política militar seguida por las elites dirigentes:

Es mi intención referir la guerra que hizo el pueblo romano contra Iugurta, el rey de los númidas; primeramente en atención a su magnitud, encarnizamiento y variedad de éxitos; en segundo lugar, porque en ocasión de ella se hizo frente por primera vez al orgullo de la nobleza. Fue esta última una porfía que perturbó todo lo divino y lo humano y que llegó a tal grado de demencia que las pasiones políticas no terminaron sino con la guerra y la devastación de Italia. (Sal. *Jug.* 5.1-3)

Otra fractura en la estructura social romana se produjo al interior del orden senatorial, entre la *nobilitas* y el resto de los senadores, marginados de hecho de las decisiones más trascendentes para el Estado, como consecuencia del control hegemónico que aquélla ejercía sobre los resortes básicos del Estado. Las fracturas en el seno de la elite dirigente ya se habían cristalizado en los momentos previos a que se desatara la tercera Guerra Púnica. Según cuenta Polibio, que fue testigo de las últimas fases de la guerra, las opiniones respecto a la decisión romana de volver a enfrentarse una vez más con su viejo rival en el Mediterráneo estaban divididas:

Unos aprobaron la acción de los romanos, diciendo que para defender su imperio habían tomado medidas sabias y propias de estadista. Pues destruir esta fuente de perpetua amenaza... era de hombres inteligentes y previsores. Otros adoptaron el punto de vista opuesto, alegando que en vez de mantener los principios con los que habían conseguido la supremacía, estaban abandonándolos poco a poco por ansia de poder (Plb. 36.9.)

Antes de tomar la decisión de declararla se produjo un gran debate en el Senado romano. Por un lado estaba la facción que sostenía acaloradamente que no había que destruir a Cartago, pues su presencia activa en el Mediterráneo evitaría que Roma se volviera excesivamente poderosa, lo que contribuiría a acentuar la decadencia moral de la República. Al respecto, Salustio denuncia las funestas consecuencias que se sucedieron a la decisión política que finalmente primó en el debate:

Pero una vez que se engrandeció la república,... que fueron sometidos en guerras grandes reyes; dominadas por las armas gentes feroces y repúblicas poderosas; destruida Cartago hasta sus cimientos, la rival del poder romano, y abiertos para Roma los mares y las tierras todas, la fortuna comenzó a mostrar sus rigores y a turbarlo todo. (Sal. *Cat.* 10.1-3)

Por su parte, aquellos que impulsaban una solución drástica para Cartago, sostenían que ésta, gracias a su desarrollo económico, a su prosperidad y a su poderío militar, estaba convirtiéndose nuevamente en una amenaza para Roma¹⁶. El líder de esta facción era Catón el Viejo, quien, apelando a los viejos temores de los romanos, argumentaba en el Senado sobre la necesidad de reiniciar la guerra contra los cartagineses y daba fin a todos sus discursos con la petición *Delenda est Cartago* (Plut. *Cat.Ma.* 27). Fue tan efectiva su retórica, que logró inclinar a su favor las opiniones de los senadores indecisos. Ahora Roma ya tenía una justificación para avanzar sobre Cartago y hacerla desaparecer de la faz de la tierra¹⁷.

En la medida en que las representaciones ideológicas no hacen más que poner de manifiesto las realidades sociales, es innegable que, a partir de la destrucción de Cartago, se operaron cambios en la mentalidad de la elite dirigente, producto de los crecientes beneficios económicos que podía obtener gracias a la política militar impulsada desde el Estado. Pero los cambios también alcanzaron al conjunto de la ciudadanía, aunque en este caso el impacto de la expansión imperialista no fue para nada positivo. Los campesinos libres sufrían las consecuencias negativas de la guerra, perdían sus parcelas, desatendidas por la larga duración de las campañas, y migraban a las ciudades para ir a engrosar la masa creciente de pobres. Es lógico entonces que, en una situación de miseria extrema, se volvieran a enrolar voluntariamente en el ejército, motivados no por un sentimiento patriótico sino porque los generales les ofrecían la ilusión, mediante el reparto de parcelas al finalizar las campañas, de recuperar su estatus de pequeños propietarios.

Si bien en los comienzos de la expansión muchos romanos debieron luchar en las guerras emprendidas por Roma con la esperanza de obtener oportunidades de ascenso social, tierras y botín (motivos más que suficientes para explicar el alto porcentaje de campesinos en las legiones), y, probablemente, la política exterior del Senado haya gozado de cierto grado de consenso entre la ciudadanía, la situación fue cambiando hacia mediados del siglo I a.C., cuando la guerra civil irrumpió con violencia, desestabilizando el sistema sociopolítico basado en la *concordia ordinum*. El Estado romano comenzó a dar muestras del agotamiento de sus instituciones, que se revelaban incapaces de contener y canalizar las demandas de los nuevos actores sociales; el conflicto amenazaba con destruir los vínculos que mantenían unida a la sociedad en un sistema político que había funcionado hasta entonces de manera eficaz. La plebe se encontraba dispersa y ligada por vínculos de clientela a diferentes patronos, los caudillos militares que, tras la promesa de reparto de tierras, manipulaban su voluntad política, embarcándola en luchas que le eran ajenas, y que enfrentaban a pobres contra pobres. Los miembros de las elites senatorial y ecuestre se enfrentaban en una lucha despiadada por espacios de poder, y las instituciones del Estado daban

Voces críticas sobre la política imperialista romana

muestras de una degradación creciente, producto de la avaricia, la codicia y la corrupción de sus dirigentes políticos. Así lo resumía Salustio:

...antes de la destrucción de Cartago, el Senado y el pueblo romano se repartían pacífica y equitativamente la administración del Estado; no había rivalidad por el lustre o el poder; el miedo de los enemigos mantenía a la ciudad en las prácticas virtuosas; pero al salir de sus corazones aquel miedo, entraron en ellos aquellas otras cosas que suelen seguir a la prosperidad: la disolución y el orgullo... Por lo demás, la nobilitas, formando facción, tenía más poder, mientras que la fuerza de la plebe se debilitaba, disuelta y repartida en su muchedumbre; tanto en la guerra como en el interior del Estado se vivía al arbitrio de quienes detentaban el poder; en sus manos estaban el tesoro, las provincias, las magistraturas, las honras y los triunfos; el pueblo se veía oprimido por el servicio militar y la indigencia; el botín de guerra lo arrebatában y partían los generales con unos pocos... De este modo había irrumpido la codicia acompañada del poder, sin límite ni freno, lo contaminaba y devastaba todo, no tenía respeto ni veneración por cosa alguna, hasta que cayó precipitada por sí misma... y como una conmovión terrestre, surgió la discordia entre los ciudadanos. (Sal. *Jug.* 41.2-10)

A partir de la lectura de sus obras, podemos concluir que, para Salustio, la expansión imperialista romana era la causa del comienzo de la decadencia interna que estaba afectando a la República, expresada en la corrupción generalizada de la sociedad, debido a la irrupción desmesurada de la *ambitio* y la *avaritia*. Sus preocupaciones giraban alrededor del descontrol de una elite dirigente que, a medida que aumentaban las recompensas económicas del imperio, competía con intensidad creciente por los cargos políticos más elevados y el afán de lucro y prestigio, descuidando no sólo la salud de las instituciones sino, además, la situación de miseria creciente en que se debatían la plebe urbana y los campesinos. Cuanto más preocupada estaba por satisfacer sus intereses privados, menos atención ponía sobre la realidad social, que reflejaba una distancia cada vez mayor entre ricos y pobres. La plebe urbana estaba en mejores condiciones que la plebe rústica, ya que gozaba de algunas prebendas que les ofrecían los *nobiles*, a fin de controlar una situación de conflictividad latente. Pero los campesinos que se embarcaban en las campañas militares, siguiendo a un caudillo que les prometía una salida de la miseria, eran concientes de la precariedad de su situación, ligada a un jefe que podía perder su poder y con ello, tiraba por la borda sus expectativas de mantener la propiedad de sus parcelas de tierra, a partir de la aplicación de la *proscriptio* por parte de los vencedores.

Salustio consideraba que, tanto la *nobilitas* como los miembros del orden ecuestre, partidarios de una política de expansión imperialista que les permitía acrecentar sus riquezas, se mostraban indiferentes a los daños que ésta habría de

acarrear sobre el destino de la República romana. La codicia los había llevado a embarcarse en sangrientas luchas entre romanos, en las que ya no se respetaban los códigos morales y se violaban las instituciones. Para Salustio, esta conducta, egoísta y suicida, los hacía responsables de la crisis que desembocaría en el advenimiento de un régimen político autocrático. Consideramos que la voz de Salustio, hecha desde la perspectiva de un hombre que se había apartado voluntariamente de la política activa, no debe haber sido escuchada por los actores sociales que obtenían los mayores beneficios de la expansión imperial, inmersos en el fragor de una lucha por la satisfacción de sus intereses materiales. Igualmente, era imposible que ella llegara a los sectores sociales más perjudicados por la conquista, en la medida en que éstos estaban entrampados en las redes clientelares que los unían a los poderosos.

Es verdad que las ideas de Salustio sobre la crisis de la República pueden pecar de parciales, en la medida que consideraba como factor casi excluyente, el cambio de mentalidad operado en las elites dirigentes, que habían dejado de lado la valoración de la búsqueda del honor y el prestigio a través de hazañas militares justas y defensivas, para suplantarlo por una concepción que valoraba el enriquecimiento individual y la búsqueda de poder. El autor no ponderó en demasía la incidencia de otros factores, de orden económico, como los intereses de los grandes terratenientes esclavistas, o de los ecuestres, devenidos en *negotiatores, navicularii y publicani*, que impulsaban la extensión de los límites del imperio para expandir sus mercados; o de orden político, como la necesidad de un Estado en crecimiento, de aniquilar enemigos (reales o convertidos en tales) eliminando así cualquier vestigio de oposición, que interfiriera en el objetivo de alcanzar la dominación de todo el mundo conocido. No obstante, debemos rescatar que Salustio sí tuvo en cuenta un aspecto de gran relevancia, relacionado con las prácticas sociales, a saber, el peso que tenían los lazos clientelares que, para su época, ya atravesaban a toda la sociedad romana en un círculo vicioso de favores y lealtades individuales y cuyas consecuencias fueron nefastas para los pobres¹⁸. Si bien opinaba que “sólo unos pocos prefieren la libertad, porque la mayoría sólo busca amos justos” (*Sal. Hist.* 4.69.18), no por eso dejó de denunciar que la crisis de valores y la degradación institucional que afectaban a la República habían llevado a que el pueblo, otrora soberano, hubiera concluido acuerdos que lo relegaban a la servidumbre (*Sal. Cat.* 20.7-9). Además, como señala Luciano Canfora (*CANFORA*, 2000, p.51), Salustio centró “su actividad historiográfica precisamente en el problema de la corrupción política como elemento ‘sustancial’ de la praxis política romana” y es en este sentido que debemos reconocer el aporte de sus escritos para la reconstrucción de la mentalidad de una elite que estaba más preocupada por embarcarse en luchas por espacios de poder, que por evitar la degradación institucional que conduciría,

Voces críticas sobre la política imperialista romana

más tarde o más temprano, a la caída del sistema republicano de gobierno. Es más, en la medida en que este sistema había dejado de ser funcional a sus intereses, ya se habían comenzado a escuchar voces que, al amparo de un clima ideológico propicio, apostaban a la llegada de un *princeps* salvador, que pusiera orden en el caos. De allí, a la instauración de un régimen monárquico centralizado, mediaba un solo paso, que se ocupó de dar Augusto.

Bibliografía

- ANDREAU, J. Un anthropologie politique de Rome: servitude et grandeur politiques dans la Rome républicaine. *Annales E. S. C.*, Paris, nº 4, p.756-763, 1977.
- ANDREAU, J. Économie, société et politique à la fin de la République romaine: un débat. *Annales E. S. C.*, Paris, 35 Année – nº 5, p.912-919, Septembre – Octobre. 1980.
- BRUNT, P.A. *Amicitia* in the Late Roman Republic. In: SEAGER, R. (ed.) *The Crisis of the Roman Republic; studies in political and social history*, Cambridge, Heffer ands Sons, 1969, p.197-218.
- CANFORA, L. *Julio César un dictador democrático*. Barcelona: Ariel, 2000.
- CASCAJERO, J. Lucha de clases e ideología en la tardía República. *Gerión*, 8, Madrid, p.115-139, 1990.
- CORNELL, T. J. *Los orígenes de Roma, c. 1000—264 a. C.* Barcelona: Crítica, 1999.
- DE STE. CROIX, G. E. M. *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica, 1988.
- FINLEY, M. *El nacimiento de la política*. Barcelona: Crítica, 1986.
- GABBA, E. Mario e Silla. *ANRW*, I, I, Berlin – New York, p.764-805, 1972.
- HARRIS, W. *Guerra e imperialismo en la Roma republicana-327-70 a. C.* Madrid: Siglo XXI, 1989.
- LOPEZ BARJA, P. y LOMAS SALMONTE, F. *Historia de Roma*. Madrid: AKAL, 2004.
- NAVARRO, F. El siglo II a.C. en Roma, entre la continuidad y el cambio. In: GÓMEZ PANTOJA, J. (coord.). *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Barcelona: Ariel, 2003. p.419-462.
- NICOLET, C. *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 264-27 a.C.* Barcelona: Labor, 1982.
- NICOLET, C. Les classes dirigeantes romaines sous la République: ordre sénatorial et ordre équestre. *Annales E. S. C.*, Paris, 32^e Année - nº 4, p.726-755, Juillet-Aout, 1977.
- NICOLET, C. Économie, société et institutions à Rome au II siècle av. J. C.: de la lex Claudia à l'ager exceptus. *Annales E. S. C.*, Paris, 35^e Année – nº 5, p.871-894. Septembre – Octobre, 1980.
- NORTH, J. A. Democratic Politics in Republican Rome. *Past and Present*, Oxford, nº 126, p.3-21. Feb, 1990.
- PINA POLO, F. El último siglo de la República Romana. In: GÓMEZ PANTOJA, J. (coord.). *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Barcelona: Ariel, 2003. p.463-499.
- PINA POLO, F. Ideología y práctica política en la Roma tardorrepública. *Gerión*, 12, Madrid, p.69-94, 1994.
- SALINAS DE FRÍAS, M. Roma y el Mediterráneo Occidental durante el Siglo II a.C. In: GÓMEZ PANTOJA, J. (coord.) *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Barcelona: Ariel, 2003. p.391-462.

SANTOS YANGUAS, N. Los fragmentos de las Historias de Salustio: su valor histórico. In: *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, Oviedo, p.221-239. 1998.

Notas

¹ Con respecto a este mito, T. J. Cornell (1999, p.8) opina que: “Según la tradición que ha llegado hasta nosotros, la leyenda de Rómulo está relacionada con la de Eneas. Nadie duda de que esta circunstancia representa una síntesis artificial de dos leyendas originalmente distintas, pero todavía se discute cuándo y cómo se produjo esa síntesis. Si Rómulo ya había sido reconocido como fundador de la ciudad en la época arcaica, verosíblemente cabría concluir que Eneas habría sido una adición relativamente tardía. Pero la cosa es más complicada, y existen buenas razones para pensar que también Eneas fue reconocido en Roma y en el Lacio en una época muy temprana”.

² Polibio se admiraba de la rapidez y la efectividad de la conquista impulsada por el Estado romano que, en menos de sesenta años, había logrado someter a casi todos los pueblos de la tierra, sin que nadie, tras la derrota de Cartago en el 202, hubiera tenido el poder de ofrecerle resistencia o, al menos hubiera mostrado la voluntad de hacerlo (Plb. 1.2.7).

³ A pesar de la ubicación de Salustio en el bando de César y la facción de los *populares*, para Juan Cascajero (1990, p.124, n.2,) está clara su pertenencia a la elite dirigente, como se puede constatar en el tono general de su monografía *De coniuratione Catilinae*, donde manifiesta su crítica por la desmesura en la que ha caído la plebe. Consideramos que esta afirmación no agrega nada nuevo a la figura de Salustio, ya que es más que sabido que en Roma (al igual que en Grecia), todos los dirigentes políticos eran de extracción aristocrática. Lo que importa es destacar el grado de conciencia y sensibilidad que algunos manifestaban por la penosa situación de los más desposeídos. En esta obra, Salustio, más allá de expresar sus críticas a la conducta de Catilina, no deja de mencionar que éste, a pesar de su origen noble, había tenido por costumbre defender los intereses de los pobres en la vida pública (Sal. *Cat.* 35.3: “*publicam miserorum causam pro mea consuetudine suscepit*”). Además, el que Salustio haya escogido como tema para una de sus monografías la insurrección impulsada por Catilina, al ver frustradas, por causa de la *nobilitas*, sus posibilidades de avanzar en el *cursus honorum* por la vía legal, nos parece más que sugerente. En ella, el autor destaca la magnitud de un movimiento de masas que involucraba a todo el espectro social romano y que incluía en sus filas a los pobres del campo y la ciudad. Es la primera vez en la historia romana en que vamos a encontrar a la plebe luchando unida contra los ricos. Y su conocimiento se lo debemos agradecer a Salustio, quien, al tomarlo como su objeto de análisis, se ocupó de rescatarlo para la posteridad.

⁴ Salustio pone en boca de Memmio, tribuno de la plebe en el año 111 a. C. la siguiente reflexión: “...todas las cosas divinas y humanas se hallaban en Roma bajo el control de unos pocos” (Sal. *Jug.* 31.20).

⁵ Salustio define a la plebe como un sector social desposeído, compuesto por “artesanos y gente del campo en su totalidad, cuyos bienes y crédito se hallaban sólo en sus manos” (Sal. *Jug.* 73.6).

⁶ En un artículo en el que analiza el valor histórico de las *Historiae* de Salustio, N. Santos Yanguas (1998, p.224) considera que: “Tradicionalmente se ha venido considerando que en las *historias* se hallan reflejadas a la perfección las tendencias esenciales representadas en

las dos monografías de Salustio constituidas en el fondo por la polémica antinobiliaria, que se enfoca hacia la expansión de las clases dirigentes, así como por la advertencia del peligro de subversión social que subyacía en aquellos momentos en la capital del Estado. En realidad, resulta evidente que ambos aspectos logran equilibrarse entre sí sin llegar a eliminarse en ningún momento del relato histórico, a pesar de que tampoco consigan unirse nunca en una verdadera síntesis política”.

⁷ Con respecto al impulso de conquista que movilizaba a los romanos, W Harris (1989, p.3) sostiene: “Algunos historiadores, enfrentados a las pruebas a favor de los múltiples beneficios de la guerra y la expansión, responderán que los romanos en general, fueran cuales fuesen los efectos de la política romana, no deseaban extender su poder, al menos de forma consciente. A decir verdad, lo más probable es que no abundaran las ocasiones de articular este deseo general, suponiendo que hubiera entre los romanos una actitud común. Y las limitaciones de nuestras fuentes de información al respecto son graves. Pero el deseo existía: Polibio informó de él correctamente (pese a alguna opinión reciente). Y se pueden encontrar otros testimonios, prácticamente ignorados por los narradores modernos de la expansión romana, en las fuentes adecuadas”.

⁸ Cicerón se preguntaba: “este pueblo nuestro... por cuyo imperio es sujetado ahora el orbe de la tierra ¿por la justicia o por la sapiencia se hizo, de muy pequeño, el más grande de todos?” (Cic. *Rep.* 3.15.24).

⁹ Sobre el debate historiográfico planteado alrededor de la existencia o no de un “imperialismo” romano, y de si la política exterior romana estuvo guiada por un plan coherente y sistemático, como podría desprenderse de una lectura de Polibio demasiado apegada al texto, M. Salinas de Frías (2003, p.415-417) se inclina por pensar que: “Parece evidente que hacia el 200 a.C. Roma no se planteaba un ‘programa’ de dominación universal y que, al menos en la primera mitad de este siglo, los pasos que dio fueron titubeantes y no permiten ver una unidad de conjunto”.

¹⁰ Polibio consideraba que las guerras púnicas constituyeron el hito histórico a partir del cual cambió la política exterior romana: “En las épocas anteriores a ésta los acontecimientos del mundo estaban como dispersos, porque cada una de las empresas estaba separada en la iniciativa de conquista, en los resultados que de ellas nacían y en otras circunstancias, así como en su localización. Pero a partir de esa época la historia se convierte en algo orgánico, los hechos de Italia y los de África se entrelazan con los de Asia y con los de Grecia, y todos comienzan a referirse a un único fin” (Plb. 1.2.3-5).

¹¹ Polibio: “Por esto hemos establecido en estos acontecimientos el principio de nuestra obra, porque en la guerra mencionada los romanos vencieron a los cartagineses y, convencidos de haber logrado ya lo más importante y principal de su proyecto de conquista universal, cobraron confianza entonces por primera vez para extender sus manos al resto: se trasladaron con sus tropas a Grecia y a los países de Asia” (Plb. 1.2.5-7).

¹² Al respecto, rescatamos la centralidad que le reconocía Moses Finley (1986, p.87.) al aspecto conquistador de la historia de Roma, cuyo rasgo más evidente fue la manera en que impactó en la constitución de la elite política, en la selección y comportamiento de los líderes políticos.

¹³ En opinión de F. J. Navarro (2003, p.431) las elites romanas estaban ganadas por una ideología pragmática: “La clase dirigente romana había desarrollado una mentalidad

lucrativa que la llevaba a aprovechar las nuevas oportunidades: el comercio y otras actividades financieras no eran consideradas reprobables, porque servían al fin último de acrecentar el patrimonio y la consistencia del grupo familiar”.

¹⁴ Sobre el consenso que tenía la política imperialista entre la plebe pobre, es sugerente el análisis de Moses Finley (1986, p.150): “Desenmarañar las motivaciones de este incesante afán por la guerra y la conquista no es fácil. Hay que ser debidamente comprensivo con las consideraciones psicológicas o estratégicas, como patriotismo, gloria militar, interés nacional, defensa nacional; también ante las esperanzas de botín. Para la mayoría de las ciudades-estado griegas y tribus *itálicas* era lo único que se obtenía. En cambio para Atenas y Roma había otra perspectiva, decisiva para comprender su política, esto es, los beneficios materiales del imperio. En Atenas eran variados, con la conquista de tierras como componente significativo; en Roma, la tierra y el asentamiento se convirtieron en el factor dominante. No quiero decir con esto que los ciudadanos al asistir a la asamblea tomaran sus decisiones en base a un simple cálculo de sus posibilidades de adquirir tantos acres de tierra confiscada al enemigo. Pero lo que sí pretendo es que las cleruquías atenienses y lo que los romanos llamaron *tierra pública* debieron estar presentes en el subconsciente de los ciudadanos, cuando se discutía algún asunto relacionado con la conquista o el imperio; que en los asuntos exteriores esta clase de interés fue crítico en la respuesta popular ante lo que parece a menudo superficialmente que no son más que disputas personales por la gloria y el poder entre los miembros de la elite.”

¹⁵ Salustio añoraba los *buenos viejos tiempos*: “Fomentábanse, pues, las buenas prácticas, así en la guerra como en la paz, la concordia era grande, muy rara la avaricia; lo justo y bueno tomaban entre ellos más fuerza de la naturaleza que de las leyes. Sus rencillas no eran más que con sus enemigos; entre los ciudadanos no había otra emulación que la de la virtud. Eran esplendidos en el culto de los dioses, parcos en sus propias casas, leales para con sus amigos; y con estas dos cualidades atendían a su propio bien y al de la república” (Sal. Jug. 9.1-4).

¹⁶ Plutarco: “Fue enviado Catón cerca de los cartagineses...Como encontrase, pues, aquella ciudad no maltratada y empobrecida como se figuraban los romanos, sino brillante en juventud, abastecida de grandes riquezas, llena de toda especie de armas y municiones de guerra, y que acerca de estas cosas no pensaba con abatimiento, le pareció que no era manera aquella de que los romanos se cuidaran de arreglar los negocios y la recíproca correspondencia de los númidas y Masinisa, sino más bien de pensar en si no tomaban una ciudad antigua enemiga, a la que tenían grandemente irritada, y que se había aumentado de un modo increíble, volverían pronto a verse en los mismos peligros” (Plut. Cat.Ma. 26).

¹⁷ Sobre las implicancias de la teoría romana de la *guerra justa*, G. E. M De Sainte Croix (1988, p.387) hace una sugestiva reflexión: “Los romanos fingían muchas veces que habían conseguido su imperio casi contra su voluntad, mediante una serie de acciones defensivas, que era fácil que parecieran verdaderamente virtuosas si se las presentaba con la apariencia de que se habían llevado a cabo en defensa de otros, especialmente de los “aliados” de Roma. De ese modo, según Cicerón, los romanos se hicieron ‘dueños de todas las tierras’ en el curso de unas acciones emprendida “para defender a sus aliados’, *sociis defendis* (Cic. Rep. 3.23-25)”.

¹⁸ Salustio: “Quien busque el poder no tendrá mejor ayuda que la del hombre más pobre, porque no se siente vinculado a su propiedad, dado que no tiene ninguna, y estima honorable todo aquello por lo que se le paga” (Sal. *Jug.* 86).